

Doctrinas

GRAMSCI: Perfil humano y metodología de trabajo

Mauricio Lebedinsky*

El perfil humano de Gramsci y su metodología de trabajo como dirigente político y teórico son inescindibles y complementarios: necesariamente deben entrar en su biografía intelectual.

*Su obra ha ido adquiriendo creciente importancia. Se cuenta entre los 250 autores más leídos del mundo. ¿Por qué este fenómeno? Según el autor de este artículo, pasa con Gramsci lo que con los clásicos: las sugerencias que emanan de sus escritos, en forma germinal o fragmentaria, son una fuente de inagotable pensamiento. Los **Cuadernos de cárcel** son investigaciones que denotan estudio muy hondo de la realidad, denso humus cultural y pensar teórico capaz de abstra-*

* Investigador. Director de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas (FISyP).

er y generalizar hasta mostrar una riqueza asombrosa de categorías, de puntos nodales, cuyo atractivo han sentido tantos estudiosos de lugares diferentes, de distintas extracciones, de variadas disciplinas. Es una figura cuyo conocimiento y perfil van creciendo día a día y que alcanza su pináculo en los homenajes que le rinden las fuerzas progresistas a cincuenta años de su fallecimiento.

Cuando se ilumina el perfil humano, que explica algunos elementos de su biografía, y entramos en el aspecto metodológico, hay que distinguir en Gramsci su método de trabajo como político —como hombre en contacto con las masas, en su partido y en el Movimiento Comunista Internacional, así como en el plano intelectual. Probablemente muchos de estos elementos estén imbricados unos con otros. Por ello, antes de referirnos a lo metodológico, conviene hacer un breve repaso de su biografía.

Rasgos sobresalientes de su vida

Gramsci nació en Cerdeña, en 1891, en una casa muy pobre, cargada de problemas, entre ellos la prisión del padre. Su salud era muy precaria. Debíó trabajar desde niño, y cada paso en su formación escolar fue trabajoso tanto para él como para su familia, por las graves dificultades económicas que atravesaron. Adquirió desde temprano, y de manera explícita, la perspectiva del pobre, del explotado, por su situación personal y también por la cercanía con la miseria del minero, del campesino.

Se forjó, así, su conciencia anti-colonialista, referida a la explotación de la isla por el poder central, problema extendido al sur de Italia, al "Mezzogiorno". En esas condiciones superó las limitaciones del dialecto, adquirió la lengua italiana, con una voluntad encarnizada y una formación intelectual sólida.

Ganó una beca —de estudiante pobre— para la Universidad, y viajó a Turín. Pese a sus tremendas limitaciones económicas y de salud, sería un estudiante de aplicación ejemplar. Se fue elevando —al contacto con el Turín de la clase obrera italiana— y la ampliación de su horizonte cultural va rompiendo su cáscara sarda, sin abandonar jamás la preocupación por su lugar natal y el sur de Italia.

Militante de la izquierda socialista, se transforma a los 28 años en el dirigente de la clase obrera turinesa en el "bienio rojo" de 1919-20, en íntimo contacto con los obreros, en medio de las luchas y las metrallas de los escuadrones blancos, gérmenes del fascismo. Luego de la escisión de Livorno —en 1921— entra en la dirección del partido comunista de Italia,

que lo envía a la URSS como su representante en la Internacional Comunista (III Internacional). En un proceso complejo, llega a la secretaría general de su partido y a ser diputado, por Venecia, en medio del auge del fascismo.

Su método de trabajo político es notable. En íntimo contacto con la clase obrera, con los sectores campesinos y con los intelectuales —educador de los principales cuadros partidarios— forja con su delicado trabajo de orfebre, con su humanismo sin límites, con su razonamiento inteligente, lo que será la dirección histórica de su partido, que lleva una lucha encarnizada contra el fascismo. Serán los cuadros que resistirán cárceles y torturas, y formarán la resistencia contra el fascismo. Por último, alojado en la prisión, en las cárceles de Mussolini, su obra teórica, de un heroísmo callado y sin límite, hecha en medio de las horrendas condiciones de la cárcel, lo transformará en el más alto exponente del pensamiento avanzado de Italia, de las fuerzas que quieren transformar el capitalismo en socialismo. Pero, también lo convierte en uno de los más altos exponentes del marxismo en el siglo XX, en la continuidad de Lenin, en una figura cuyo conocimiento y perfil va creciendo día a día, y que alcanza su pináculo en los homenajes que le rinden las fuerzas progresistas, a 50 años de su fallecimiento.

Metodología y estilo de trabajo intelectual

En su calidad de hombre de partido, ligado íntimamente a las

masas, sobre todo a la clase obrera, sintió en la cárcel, en sus reflexiones, el aislamiento, la falta del diálogo fecundo, la exploración concreta del estado de ánimo y las preocupaciones de los hombres concretos (de Juan o de Pablo, como dice en sus cartas). Además, en la cárcel, salvo contactos aislados y su correspondencia, se va alejando de los afectos, de la camaradería, de todo lo que constituye para el hombre el motor afectivo de su accionar. Son una excepción la presencial espiritual de Tatiana, su cuñada, quien junto con Sraffa, su amigo de juventud y célebre economista, desempeñaron la tarea de ángeles guardianes. Estuvo en esos años alejado de su mujer, de sus hijos, de sus camaradas, del movimiento internacional.

Justamente Gramsci era un intelectual en el que lo afectivo, como en todo hombre verdadero, tiene gran importancia. Para él, el error del intelectual consiste en que quiere saber sin llegar a comprender (es decir con acopio de información y no arduo razonamiento); pero también en que quiere hacerlo sin apasionarse, alejándose de la organización, de la militancia política. Gramsci considera que se necesita la organización para disciplinarse. La máxima comprensión se logra, dice en un artículo juvenil, entrando en la organización, en el partido político.

En Gramsci la cultura no es solamente acumular datos e información, sino la organización del yo interior: hay que conocerse a sí mismo; ser dueño de sí mismo, ser elemento de orden en torno a un ideal. El es hombre de diálogo, no de monólogo, como lo dice en sus cartas. Necesita al interlocutor,

aun en el plano familiar. Además toda su formación tiene carácter polémico.

En una de las cartas de prisión a su cuñada Tatiana Schucht, del 15 de diciembre de 1930, le dice:

"Toda mi formación intelectual tuvo un carácter polémico, de manera que me resulta imposible pensar 'desinteresadamente' o estudiar por estudiar. Sólo en contadas ocasiones me he abandonado a alguna línea particular de pensamiento y analizado algo a causa de su interés intrínseco. Usualmente me hace falta entrar en diálogo, ser dialéctico para llegar a obtener estímulo intelectual. Ya te dije una vez cuánto odio eso de andar arrojando piedras en la oscuridad. Yo necesito un interlocutor, un adversario concreto, aun en situación familiar."

Gramsci tiene una curiosidad inextinguible pese a su agotamiento nervioso. Necesita, en el aislamiento de la cárcel, lecturas para pensar, para dialogar, para polemizar, para forjar hipótesis, para desarrollar su capacidad creativa.

El aflujo de materiales a la cárcel es irregular. A veces tiene que quedarse con una maleta restringida de libros. O le llegan revistas y libros de procedencia contraria a su ideología. Por períodos ese arribo es mayor. Por momentos le prohíben escribir. Cuando se le restringe la escritura lee febrilmente, pero rechaza esa metodología. Traza siempre planes y los cumple cuando tiene los cuadernos que le autorizan a ingresar, luego de reclamar por el cumplimiento estricto del reglamento carcelario.

Por supuesto que el bagaje intelectual está dado por su sólida for-

mación anterior. Tiene que utilizar constantemente ese instrumental que lleva en su memoria, en su capacidad infinita de razonamiento.

Como él dice, durante todo el período carcelario le molestan sus "hábitos" universitarios, del intelectual que trabajó siempre fichando materiales, en bibliotecas, con un importante examen de fuentes. Pese a ello, en la cárcel no abandonó ese hábito. Cuando tiene que sacar de su pequeña celda una colección de revistas de cuatro años, se pasa días enteros registrando el material que contienen. Cuando se queda sin lectura para seguir trabajando, hace traducciones, se ocupa de lingüística —su especialidad— como forma de seguir desarrollando la capacidad de pensar, de abstracción.

Gramsci ficha, examina las fuentes. Luego piensa y recién desciende con la pluma a sus cuadernos. Ese es su método largamente adquirido. Antes de entrar de lleno en los temas, utiliza la monografía parcial como material de base. Rehace, sintetiza, reordena el material constantemente. Se autoexige exactitud en la información, precisión en el razonamiento.

A lo largo de toda su obra rechaza —en lo intelectual— lo que él denomina el facilismo o la irresponsabilidad. En los consejos a su cuñada —que quiere ser traductora— le dice que debe dominar los dos idiomas y no sólo el lenguaje corriente sino también el técnico.

Cuando recuerda la actividad de los profesores destacados de la Universidad de Turín, admira la perseverancia del estudio de fuentes, de la elaboración de historias de la literatura y otras disciplinas.

Siente respeto profundo por el trabajo serio y perseverante.

En sus comentarios a la labor intelectual que realiza, a sus escritos, advierte constantemente sobre su precariedad, su carácter de estudios parciales, de material de base para llegar a elaborar estudios más profundos. Dice que de un autor hay que juzgar el material publicado directamente por él. En una de sus cartas comenta que un editor quiso recopilar sus artículos anteriores a la cárcel, artículos que él denomina de circunstancia. Eso hubiera representado 15 tomos de 400 páginas cada uno. Se niega en absoluto a ello por considerar que fueron escritos con premura, al calor de acontecimientos parciales. Incluso, se niega a que se publiquen, a través de la cátedra de filología, una serie de trabajos de lingüística que escribió, por considerar que el tema no está exhaustivamente tratado. Todo ello habla de sus precauciones, excesivas quizás, de sus "escrúpulos de método".

Asimismo, piensa que hay temas tratados unilateralmente, sin estudiar muchas facetas. Esto no se corresponde con la orientación multilateral de Gramsci, con el estudio de todos los aspectos, con la compatibilización del material para que no tenga fallas lógicas y con el pulimiento del lenguaje. No se corresponde con su tendencia giroscópica, global.

Quizá temía lo que después se produjo. En sus cuadernos hay temas sin terminar, que tienen varios enfoques. Eso es notable en el problema de la ideología, por ejemplo, en toda la riqueza que se encuentra sobre ese tema. A veces, se dice que estudió más los aspectos

superestructurales que la economía. Pero, aparte de que sus consideraciones sobre economía son muchas y muy valiosas —piénsese en el tema crucial de americanismo y fordismo, en su polémica con Croce—, lo cierto es que desarrollaba los cuadernos para él, para armonizar las partes en el texto definitivo.

Además hay autores que se toman de definiciones parciales para desarrollar un tema sin consideraciones acerca del ritmo de pensamiento, de la idea más general que recorre los escritos del autor. Sin embargo, la publicación de sus manuscritos, con mensajes cifrados o de fábula esópica, con alteración de nombres, para atravesar el sello y la firma de los carceleros, considerando el ritmo de su pensamiento, ha conmovido profundamente a los medios intelectuales y es una fuente inextinguible de reflexiones, por la riqueza que contienen y por la metodología del abordaje.

Desde el punto de vista de su propia obra, tienen una importancia crucial sus consideraciones metodológicas de cómo abordar la obra de los fundadores del socialismo científico, de Lenin, y también las consideraciones respecto de Croce.

Hay que reconstruir la biografía intelectual personal y de su medio. Seguir la trayectoria de sus obras mayores y menores, desde el punto de vista cronológico. Ver su práctica política, lo implícito como concepción teórica y filosófica. Evitar el encandilamiento para tener un ángulo crítico, el estudio filológico, etcétera. Son notables sus observaciones con respecto a la obra de Marx y Engels. Considera que no hay que confundir a ambos, aunque sí valorar sus aportes

individuales. Lo mismo se puede decir de sus consideraciones con respecto a la relación Marx-Lenin; como es a través del leninismo que se valora al marxismo. Ese método le permite hacer una lectura profunda, pero no dogmática, pese a la tremenda admiración por los fundadores de la teoría y de la práctica del movimiento revolucionario, y continuar pensando en ese curso del desarrollo de la teoría y de la táctica. También exige una valoración cuidadosa de Croce, de los períodos de sus obras, de sus aciertos y errores.

Es notable en él la valorización de la filosofía vinculada a la política. Seguir lo espontáneo y lo consciente, teorizar sobre la práctica.

No se deja llevar por un criterio deduccionista, al que rechaza. Es un estudioso de la situación concreta, capaz de descender en la información a las ramificaciones más finas. No cree en la fatalidad de las leyes, en el "topo de la historia", en su trabajo, independientemente de los hombres concretos. Puede consolar en una derrota pensar que la historia trabaja para consolidar las propias ideas, pero no sirve para el accionar consciente. Cuando hay condiciones para el despliegue de actividad hay que enterrar, con todos los honores, la concepción fatalista.

No acepta el dogma, concepción que tiene un solo canal emisor, ni la analogía mecánica. Su entusiasmo por la Revolución de Octubre, por el leninismo, está dado por el alto despliegue del elemento subjetivo, consciente. Además rechaza la actitud pasiva, de "miserable notario", de registrador de los acontecimientos, de sentarse en el banco de la historia para

ver pasar al cadáver del enemigo. Lo esencial —dice— es la actitud activa, consciente, inteligente. Hay ciencia y hay arte de la política. Pero ese arte consiste, para él, en ver más lejos, relacionar hechos aparentemente diversos, tener velocidad para hacerlo y sacar rápidamente las conclusiones sobre el curso probable de los acontecimientos para accionar —con un programa— sobre la realidad.

Para Gramsci, la historia es política. Y no hay forma de explicarse los acontecimientos presentes, donde se hace historia, que ir a indagar su decurso. Por ello, dice que un dirigente político, en vista de que la historia está presente en la política, no puede accionar, con criterio, si no conoce por lo menos los últimos 100 años de la vida de su país.

Mucho se ha escrito sobre la capacidad de Gramsci para conceptualizar, crear nuevas categorías, y acerca de la riqueza alucinante de su lenguaje político. ¿De dónde viene? No cabe duda de que Gramsci, ante los acontecimientos, no se queda en la superficie. Va al estudio de la historia, de Italia, de las ciudades que florecieron otrora, del Renacimiento, del proceso de unidad nacional (desde las ideas de Maquiavelo y otros pensadores hasta el curso efectivo de la unidad italiana con el Risorgimento). Estudia sus corrientes, el transformismo, la revolución pasiva. Ahí se ve la génesis de las categorías: de "revolución pasiva", es decir desde arriba con todas sus implicancias, del "transformismo", que equivale a la captación por el Piamonte de la intelectualidad tradicional y contestataria. En el estudio de la cuestión meridional

nal, en las particularidades de las fuerzas motrices de la revolución, se da cuenta de que para el abordaje del tema campesino no basta con levantar la organización de los campesinos pobres, o lograr que los obreros cedan en sus concepciones corporativas inscribiendo en sus programas las reivindicaciones de campesinos e intelectuales para hegemonizar la alianza. Advierte que por encima de lo estructural (latifundistas-campesinos) se levanta una armazón intelectual. Al latifundista lo defienden el escribano, el abogado, el cura, el Vaticano, los industriales del norte, y hasta los grandes intelectuales, como Croce. También del lado campesino hay defensores como Salvemini y Gobetti.

Pero se da cuenta de que hay un verdadero bloque que defiende a los que dominan. Y que, aparte de la organización gremial de los campesinos, hay que apuntar a la cabeza de ese bloque intelectual, que es la cabeza que sostiene la estructura agraria. El concepto de bloque histórico como unidad de estructura y sobreestructura viene de ahí; pero también el razonamiento que tiene para definir al estado como "centauro": mitad caballo y mitad hombre, mitad fuerza y mitad razón —es decir fuerza, dominación y también dirección, hegemonía y consenso. De ahí parte su visión de la sobreestructura —como sociedad política y sociedad civil— y del papel de los intelectuales.

Gramsci nos ha ayudado en esa visión de que la superestructura es algo viviente. Por supuesto que cuando se lee **El 18 Brumario o Revolución y contrarrevolución en Alemania**, o los trabajos de Marx y

Engels sobre la revolución en España, o muchos de los trabajos de Lenin, esto se confirma. Pero, a veces, la enseñanza manualizada o la ortodoxia ha llevado el concepto de superestructura a un reflejo de la infraestructura de ideas, de instituciones, que le quitan vida y objetivos. Con el análisis de Gramsci sobre el papel de los intelectuales, de la burocracia, de la escuela, de los profesores y grandes intelectuales orgánicos y tradicionales que lo sostienen, sacamos una concepción viviente, dinámica, concreta. Lo mismo acerca de cómo atacar en una sociedad concreta, o en estos días, los bastiones enemigos.

En la polémica ideológica hay que apuntar, dice Gramsci, a los grandes intelectuales. Destruir las concepciones fundamentales. Por eso la emprende con Croce. El tiene influencia sobre los intelectuales del sistema. Dice que hay un método para ello: no tergiversar; decir lo que el adversario piensa; admitir los dardos que nos arroja. Reconocer el dolor que nos causa, pero argumentar hasta vencerlo. Sólo así nuestra polémica puede desbloquear a los intelectuales bajo su influencia. El intelectual tiene intereses concretos, pero también está acostumbrado a razonar. Eso último es el costado por donde se puede penetrar. Mas también hay que ir al sentido común, al folklore, a las degradaciones de los conceptos ideológicos de los que dominan y forman consenso vinculando a gobernantes y gobernados.

Además, hay que combatir también en el plano de la enseñanza, de la Iglesia, de los medios masivos de difusión. No se puede ser, en

países católicos, anticatólico burdo —dice Gramsci—. Ellos son mayoría. Hay ateos ricos, reaccionarios, y masas de católicos que tienen posiciones progresistas. Se trata de hacer tambalear al bloque dominante que tiene una armazón ideológica —formada por intelectuales— y ganar a una parte de ellos para la constitución de otro bloque histórico progresista. Hay que formar los intelectuales orgánicos del proletariado, de las clases subalternas. Es decir que su conceptualización tan rica surge del examen histórico y actual de los problemas, dentro de un examen concreto y de una experiencia de razonamiento, de teoría, de síntesis.

El cuidado que puso Gramsci en el estudio concreto de los fenómenos de su tiempo lo salvó de las visiones catastróficas. Eso sucedió con su estudio del capitalismo. En medio de la crisis del '30, estudió los nuevos fenómenos de racionalización y predijo que no todo era estancamiento. Se apoyó en el trabajo de Lenin sobre el imperialismo, desarrollando los nuevos fenómenos. Su examen concreto del fascismo lo llevó a la conclusión de que era imposible combatirlo de entrada con las tesis del VI Congreso de la Internacional Comunista, de clase contra clase u oponiendo al fascismo la dictadura del proletariado. Concebía un movimiento antifascista amplio y una Asamblea Constituyente que luchara por la democracia y la hegemonía popular.

Dio razón al grupo leninista dirigido por Stalin en la construcción del socialismo en un solo país, pero tuvo dudas sobre los métodos y la dogmatización del

marxismo. En cambio, atacó a Trotsky por sus ideas inmaduras sobre el socialismo en la Revolución de 1905, como teórico del ataque frontal y como cosmopolita. Al valorar a Rosa Luxemburgo, criticó su espontaneísmo.

Por supuesto que hay que ubicar a Gramsci en su tiempo y comprender algunas de sus limitaciones, que provienen de su formación. Se le ha criticado una insuficiente relación entre filosofía y ciencia; se discuten problemas alrededor del historicismo y del humanismo, y algunas de sus tesis filosóficas en relación con el materialismo. Se le achaca que no llegó a articular bien lo de la guerra de posiciones y guerra de movimientos. Todo ello hay que discutirlo. Además, hay que tener en cuenta las limitaciones de la cárcel, de materiales, de su época. No hay que sacralizarlo ni a él ni a los clásicos. Hay que seguir analizando y pensando los fenómenos nuevos, el estado, la intelectualidad, los medios de difusión que tanto han cambiado. Pero su legado es inmenso en la vía del marxismo creador.

Las modas

Tenemos que volver al pensamiento original de Gramsci para enriquecer la metodología del análisis. El nos ofrece mucho material en ese sentido. El estructuralismo, así como el humanismo vacío, se han desarrollado como modas de pensamiento muy rígidas, retrocediendo hacia el dogmatismo en muchos casos.

Con ello se quita flexibilidad y ángulo de clase y de partido. Muchos de los que se declararon

gramscianos, y han ido a consti-
tuir una izquierda complaciente,
abandonan hoy el pensamiento de
Gramsci. Dicen que es un teórico
relevante, con una gran riqueza de
ideas, pero que ha teorizado sobre
una clase obrera que hoy tiende a
desaparecer y un partido que ha
perdido importancia, sobre un
mundo socialista que no ha podi-
do modernizarse y democratizarse.
El ejemplo, para ellos, son los
grandes países occidentales, donde
señalan que existe modernización
y democracia. Consideran que
plantear la hegemonía de las clases
subalternas es ir contra la demo-

cracia. Dan un certificado de eter-
nidad al capitalismo, como los
neoconservadores. A lo sumo, ad-
miten que en América latina aún,
antes que se modernice, pueden
ser compatibles hegemonía y de-
mocracia. No demuestran sus hi-
pótesis. Lo cierto es que se tienen
que arrimar a Max Weber, teórico
de la hegemonía burguesa, a los
Brzezinski —quien plantea “la era
tecnológica”. No pueden valerse
de Gramsci, revolucionario proba-
do, analista profundo, que está en
el polo de la revolución.

agosto 1987

CUADERNOS DEL SUR
Sociedad - Economía - Política

Nº 6

Octubre de 1987

Eduardo Lucita: Hace veinte años, Ernesto “Che” Guevara.
Altamira/Suárez: La crisis de hegemonía en Semana Santa y las elecciones de
septiembre.
Alberto J. Pla: La Argentina y la crisis mundial.
Perry Anderson: Las antinomias de Antonio Gramsci.
Benjamín Coriat: Revolución Tecnológica y Procesos de Trabajo.

REFORMA EN LA URSS

Reportajes:

“El Hermano Mayor somos Nosotros”.
“Perestrojka contra Stalin”.

Editorial Tierra del Fuego
Casilla de Correo Nº 167 - 6-B
Cód. Postal 1406 - Buenos Aires, Argentina